

Comentarios acerca del libro *La sociedad sigma: una teoría del desarrollo económico* de Adolfo Figueroa, editado por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y el Fondo de Cultura Económica en el año 2003.

Javier Iguíñiz

Departamento de Economía de la PUCP

Estamos ante un libro poderoso en ambición temática y en rigor. Sobre lo primero, es un estudio del proceso de reproducción de la desigualdad entre países y de la que existe dentro de cada uno de ellos. Más aún, la tesis del libro es que la segunda influye decisivamente en la primera. Sobre la importancia del tema hay pocas dudas y el autor la subraya cuando dice que «el problema dual de la convergencia puede ser considerado el problema social fundamental de nuestro tiempo» (p. 20). La pretensión de Figueroa no es, pues, poca y para ello presenta «una teoría general del desarrollo del capitalismo» (p. 20).

En esta breve nota vamos a concentrarnos en dar una visión resumida del libro, recoger lo relativo a las posibilidades de transformación de la realidad que el autor denomina el *shock* refundador, y, finalmente, sacaremos algunas conclusiones sobre la naturaleza del planteamiento del autor.

1. Un resumen de resumen

En un párrafo, en el que no sobra una letra, el autor resume su libro y puede ser una excelente introducción a su lectura. Nosotros lo utilizaremos para hacer un resumen de resumen. Como mostraremos, el supuesto del que parte para explicar el desarrollo capitalista es crucial dado el método utilizado. «Esta teoría parte del supuesto de que existen varios tipos de sociedades capitalistas» y de que se

diferencian entre sí por «las condiciones iniciales bajo las cuales nacieron al capitalismo» (p. 20).

Las condiciones iniciales son, de ese modo, críticas para establecer el proceso consiguiente y el curso de las economías nacionales en el contexto mundial: «Las condiciones iniciales constituyen la causa última» (p. 27). Esas condiciones no solo consisten en la «dotación inicial de los factores productivos o activos económicos (capital, tierra y trabajo) y su distribución entre los individuos, sino, también, [en] la existencia de una dotación inicial de activos sociales y su distribución entre los individuos» (p. 20).

Finalmente, el supuesto es que las sociedades nacionales parten de una situación diferenciada por el grado de desigualdad en la distribución de esos activos. Esa diferenciación da lugar a procesos que reproducen cada tipo de capitalismo. Así, en el comienzo está la desigualdad y el resultado de la teoría es la continuidad de esa desigualdad. Lo anterior se complementa con una visión de la economía capitalista como un proceso que contiene mecanismos incluyentes y excluyentes que operan en el proceso económico¹ y, hay que resaltar, también político, y lo hacen según el tipo de sociedad, esto es, de acuerdo a las condiciones iniciales (p. 21, 22, 23 y 25). De este modo, Figueroa continúa elaborando y coloca en el máximo pedestal un tema de larga data en su investigación y reflexiones: la distribución de la riqueza (activos e ingresos), «la desigualdad inicial juega un papel central» (p. 25).

El capitalismo lo que hace, pues, es reproducir los procesos originarios de cada uno de sus tipos y, hay que añadir, también lo que tienen en común. Reproduce el progreso, pero también el mantenimiento del subdesarrollo. En la visión estilizada de la realidad nada decisivo cambia en el camino desde el origen hasta la actualidad, por ejemplo: «Cambios en las variables exógenas modificarían los valores de equilibrio del nivel de ingreso nacional en direcciones particulares, pero no modificarían la desigualdad en la distribución del ingreso» (p. 205). En un modelo que tiene en la distribución de la riqueza e

¹ En otro marco conceptual, más basado en la competencia mercantil, se podría aproximar a la destrucción creadora de J.A. Schumpeter.

ingresos su pieza fundamental, la constatación empírica de que la distribución nacional no cambia permite ir hacia atrás y buscar en la desigualdad original la causa de la actual. ¿Es una teoría? Esa es la tesis del autor y hay información que parece dar sustento a esa propuesta, aunque no deje de haber debate al respecto. Sin embargo, el proceso intelectual es distinto si se busca las causas de la persistencia de la desigualdad en los mecanismos que actualmente la reproducen que si se busca en un origen que no tiene remedio.

En realidad, el argumento se basa en un diseño por el cual se definen dos economías capitalistas que podrían converger entre sí y mostrar que si a ellas se les añade la cuestión de la discriminación social (p. 294), esa convergencia no es posible. ¿Cuáles son esas sociedades capitalistas? Son tres y se denominan Épsilon, Omega y Sigma. La última es la que corresponde a los países más pobres y desiguales: «Sigma *nació* al capitalismo como una sociedad socialmente heterogénea y jerárquica, mientras que las otras dos *nacieron* como sociedades socialmente homogéneas» (p. 22). En la última, las personas son excluidas además de los mercados básicos, del mercado laboral, de crédito y de seguros, como en las otras sociedades, también del sistema político, que recibe el nombre de *exclusión social* y solo existe en la sociedad sigma (p. 23). El asunto neurálgico en el subdesarrollo de Sigma es, pues, la exclusión social que está asociada a la dominación colonial (p. 297), a la opresión del mundo indígena. La importancia de este rasgo lleva a Figueroa a denominar su teoría como de inclusión-exclusión (p. 25). Esta doble dinámica es la que hace que pueda afirmar el autor que: «No hay nada automático ni espontáneo que lleve a la sociedad sigma a alcanzar a la sociedad épsilon; en cambio la sociedad omega sí puede hacerlo» (p. 23). El subdesarrollo tiene todas las de persistir.

La dimensión tecnológica tiene poco protagonismo, pues las condiciones iniciales dominan y neutralizan la adopción de tecnología en las economías (p. 25). La inversión no es una variable plenamente exógena, pues también depende de las condiciones iniciales (p. 27), y la calidad de esa inversión no es un asunto relevante, salvo para determinar que los trabajadores indígenas no son empleables y ello por poco educados (p. 198). Sin embargo, la educación misma no puede ser enfrentada sin acabar con la discriminación, por lo que se

plantea el problema de la ciudadanía y otros que podrían abrir el escenario del cambio de sociedad.

2. Sobre el *shock* refundador

Una de las reacciones que provoca el libro en sus lectores es la de percibir un cierto determinismo, por ejemplo, «las sociedades que nacieron al capitalismo más desiguales que otras continuarán siéndolo» (p. 295). A pesar de múltiples expresiones en ese sentido, el autor sostiene que no es así y argumenta que «la teoría general contiene variables exógenas, y dichas variables pueden ser utilizadas como variables de política» (p. 25). Pero, ¿cuáles son las variables exógenas? Ninguna que capitalistas, asalariados, gobiernos y organismos multilaterales puedan cambiar. Y no lo pueden hacer porque los capitalistas no tienen incentivos para ello dado que son agentes privados desinteresados por los bienes públicos, incluido el orden social, y los trabajadores tendrían los incentivos, pero no tienen el poder para hacerlo. El gobierno tampoco tiene los incentivos porque actúa como un agente privado y su comportamiento se explica por las condiciones iniciales, sus acciones son *endógenas al proceso económico* y los incentivos no lo impulsan a establecer derechos ciudadanos conducentes, en principio, a una sociedad igualitaria (p. 26). Hace falta un *shock refundador*, pero no se especifica ningún agente capaz de hacerlo, el asunto de los agentes del cambio es *una cuestión abierta* (p. 27). En ese sentido, estamos ante un producto raro: una teoría sin sujetos capaces de utilizarla para sacar a sus sociedades del subdesarrollo y trasladarlas al capitalismo épsilon. Es, en ese sentido, algo bastante cerca a un auténtico mecanismo autónomo de la voluntad humana. Basarse en el equilibrio general aporta bastante a esa impersonalidad que es tan cara para los científicos. En esto, el trabajo es de escuela clásica ya que asocia ese equilibrio a la reproducción del orden social (p. 329). De hecho, cuanto menos variables exógenas haya, más automático o espontáneo es el proceso. Nos parece percibir una inquietud estética que es difícil de resistir cuando se construye un modelo. Un acercamiento a la física respecto del cual Figueroa está alerta, pero que, a nuestro juicio, no evita suficientemente como para tener más campos de acción en el momento de definir políticas que surjan desde dentro de los modelos. En cualquier caso, el mensaje que el autor quiere dejar nos parece que es que el

cambio es difícil, que la articulación de elementos en el sistema económico es cerrada, sin muchos hilos sueltos.

No deja de ser paradójico, además, que, al no haber una propuesta de sociedad alternativa al capitalismo, se diseñe un modelo de sociedad en la que haga falta una revolución muy radical para llegar al capitalismo épsilon de los países ricos, lo cual es poco probable que ocurra pues nadie tiene los incentivos y el poder para hacerlo, nos dice el autor. La variable exógena está, en un cierto sentido, tan en el origen de todo el proceso que resulta inalcanzable para una historia que se aleja irreversiblemente de una partida que se reproduce sin que haya algún curso de acción que cree un nuevo comienzo. La estabilidad de la desigualdad en todas las sociedades y, por lo tanto, en la sigma, impide imaginar un salto en desigualdad que constituya el acicate, ya que no el incentivo, para que algún agente se decida a romper el *statu quo*.

Pero ¿qué es ese *shock* refundador? No hay muchas especificaciones. Una de ellas es formulada así:

Construir una sociedad homogénea en términos de derechos es una forma de hacerlo. Iguales derechos frente a la ley, frente al acceso a los bienes públicos, a la ciudadanía, y a las expresiones culturales —que eliminen, no tanto la multiculturalidad, como su jerarquía—. Esta política significaría aplicar un *shock* refundacional (p. 26).

También hay resquicios abiertos al cambio, por ejemplo: «Los activos culturales pueden ser acumulados por personas y grupos a través de la educación, la migración, la organización social, el matrimonio y, sobre todo, a través de los derechos civiles» (p. 197). También podría haberlos en otras dimensiones de la realidad como, por ejemplo, el motivo de la ganancia, tal como se indica al tratar de la exclusión en el mercado de trabajo de los grupos que también son discriminados, pero que no lo son del mercado laboral por ello (p. 199).

Resulta claro, nos parece, que las expectativas en la economía como fuente de cambio son pocas. Las variables exógenas económicas pierden peso frente a las sociales. De ahí que, si bien se reconoce la importancia de redistribuir los activos económicos, la expectativa está

dirigida a los derechos humanos. También los derechos económicos, entendidos como acceso a los bienes públicos, cuentan y, del mismo modo, los derechos culturales (p. 327). Por un lado, la economía está presa del origen social, y para remachar el punto, por el otro, la salida al problema proviene de la política. El fondo del asunto es de esencias no de situaciones. Como señala Figueroa, lo que cuenta en el fondo de la argumentación no es lo que uno tiene sino lo que uno es (p. 196) y muchos son indígenas, carentes de activos culturales o más bien poseedores de pasivos culturales. El conocido interés del autor por la interdisciplinariedad es comprensible. Sin embargo, de hecho, los modelos elaborados se caracterizan por definir los agentes como *homo economicus* (p. 116, 174 y 197) y por entrelazarlos de manera que no hay muchos cabos sueltos de los cuales agarrarse para desenredar la madeja. Casi todo es directa o indirectamente endógeno. Son agentes cuyos comportamientos están atados por las funciones respectivas, de tal modo que no tienen casi libertad alguna en cuanto agentes económicos. La sugerencia de Figueroa es que hay que buscar alguna iniciativa en las personas en cuanto ciudadanos, en cuanto expresión de culturas oprimidas (p. 327). Esa ciudadanía es más amplia que la de los propietarios que estuvo en el origen de todos los capitalismos. En otros términos:

La literatura le ha conferido un gran peso a los derechos de propiedad como prerequisite para el desarrollo económico. En todo el mundo se reclama el respeto de estos derechos y se busca la mejor manera de protegerlos. Ahora es el momento de los derechos humanos (p. 327).

Ahí está la base de la lucha contra la pobreza que debe concentrarse en las causas, en los mecanismos que la reproducen. Es en la repartición de esos derechos donde está la clave: «El activo social juega un papel central» (p. 328).

De ahí que al final se ponga el acento en la democracia y en aquello que el dinero no compra (p. 308). Obviamente, la propensión a los métodos autoritarios es grande. Pero la misma democracia y su capacidad de generar derechos económicos y sociales es limitada, la acción de los ciudadanos y del Estado está condicionada por la desigualdad original y reproducida, a lo que Figueroa añade restricciones para la acción colectiva. En los agentes individuales dentro y

fuera del Estado priman los objetivos personales y no los colectivos. El modelo formal se basa en ese supuesto.

Pero, ¿por qué no ir más allá de la sugerencia? ¿Por qué no suponer que la persistencia de las culturas indígenas también supone la existencia de otras racionalidades más abiertas que las de los *homo economicus*? ¿Por qué tras la introducción de variables no económicas como los derechos sociales y políticos, así como las discriminaciones culturales, no se introducen también otras motivaciones para actuar en sociedad? ¿Por qué, dada la magnitud de la problemática en discusión, no incluir individuos con pasiones y no solo con intereses y más precisamente con el propio interés? (p. 311). En ese sentido, si el modelo incorpora el sentido de la justicia al nivel de la naturaleza humana, la especificación económica es incompleta en el lado ontológico a pesar de haber incluido al final la preservación de la posición social como un objetivo de los empresarios (p. 298).

Sin embargo, en el libro hay otro ser humano. A pesar de no tener incidencia en la economía, de ser prescindible, tiene motivaciones que cuestionan el orden social. Por ejemplo, en las sociedades sigma, «[...] el grado de desigualdad que resulta del proceso económico es mayor que el necesario y genera desorden social. Sigma es una sociedad inestable» (p. 294). Más precisamente, «Los individuos tienen un sentido de justicia acerca de su riqueza absoluta y relativa en la sociedad; es decir, tienen una tolerancia limitada a la desigualdad económica» (p. 298–299). Obviamente, estamos ante un asunto importante a pesar de que el libro nos informa a menudo de que la inestabilidad no es, en realidad, no ha sido capaz de alterar el curso de la economía. El modelo nos deja con las ganas de obtener algún criterio que nos permita predecir la ocurrencia de la intolerancia porque se nos advierte que: «Si esta alcanza valores que van más allá del umbral de tolerancia, los individuos reaccionarán y desafiarán las reglas del contexto institucional» (p. 299). ¿Cómo saber antes si se está en el borde del desafío? ¿Es la pérdida de eficiencia en la economía (p. 307), suficiente como para alterar algo las cosas? Las particularidades de las sociedades no parecen ser tan importantes en el momento de establecer el grado de tolerancia. Por lo menos, en la argumentación se utiliza el supuesto de similares umbrales de tolerancia para predecir que las democracias tendrán la tendencia a

ser frágiles en las sociedades sigma (p. 311). ¿La existencia de lo indígena no altera en algo el grado de tolerancia a la desigualdad?

3. Sobre la metodología

La *metodología alfa-beta* refuerza esa impresión en la medida de que una vez puesto el proceso en marcha no hay manera de recibir sorpresas ya que la conexión entre las proposiciones originarias (alfa) y las que tienen más contenido empírico (beta) es estrictamente lógica. Estas últimas son las que se contrastan con la evidencia empírica para saber si aquellas tienen sentido. El método de trabajo parece consistir en llevar a cabo un proceso de aproximaciones sucesivas ajustando el modelo, que es iterativo y que consiste en contrastar una primera formulación de las predicciones de la teoría (más sus derivaciones lógicas) con la evidencia empírica, para ir reformulando la teoría hasta encontrar una de la que puedan derivarse lógicamente proposiciones empíricamente más cercanas a la realidad. De ese modo, la teoría se adapta a la realidad y el modelo se va transformando hasta que sus derivaciones lógicas corresponden con lo que la información proporciona, en este caso nada menos que sobre las cruciales dos desigualdades indicadas. Esto tiene la ventaja de proponer una realidad estructural extraordinariamente dura, en el sentido de independiente de la evolución de sus componentes y, por eso, persistente.

¿Qué se pone a prueba? Lo que busca fundamentar es la distinción entre economías épsilon y omega con base en la existencia de sobrepoblación en esta última y, por lo tanto, de subempleo. También la distinción entre la economía omega y la sigma basada en la existencia de desigualdades en los activos sociales. Las dos últimas están sobrepobladas, lo que no ocurre con la primera y las dos primeras son homogéneas socialmente, que no es el caso de la última (p. 292–294 y 299). La sociedad sigma es, pues, sobrepoblada y jerárquica socialmente y esa es la razón de su retraso.

Lo que nos parece logra el autor con este método es fundamentar su deseo de y su derecho científico a incorporar la discriminación social en un modelo económico que busca explicar la evolución de las economías nacionales y mundial. Es un logro no menor, dado lo

intuitivamente irrelevante que es la discriminación para la teoría convencional. De ese modo se logra establecer una relación, ciertamente indirecta, entre una estructura económica y social que incluye a la población discriminada por razones principalmente étnicas y un proceso de reproducción de la desigualdad en los países y de ampliación de la brecha de ingresos entre los tipos de países. La influencia de los discriminados, sin embargo, no pasa por la economía, más bien lo hace a través de su capacidad de desobedecer las normas vigentes en la sociedad, esto es, creando desorden. Pero ¿el desorden cambia la distribución original?

Esta metodología es, naturalmente, materia de debate o, como dice Figueroa, *materia de desacuerdo* (p. 21). No es nuestra intención llegar tan lejos, pero sí interrogarnos sobre la fuerza de los supuestos que le sirven de base. Desde la sospecha podríamos preguntarnos: ¿en qué medida es una teoría que no se lanza a la piscina hasta que sabe que es correcta en el sentido de que los hechos no la desautorizan? De ser así, estaríamos ante una teoría que nos motiva al cambio de una realidad inaceptable moralmente, pero que no nos orienta en una dirección determinada o probable de cambio, ya que se concentra en explicar la reproducción de las condiciones iniciales de desigualdad y el progreso es entendido principalmente como igualdad y no como mero aumento del bienestar económico (p. 295).

El estudio opta por un procedimiento interesante y original para explicar la desigualdad entre las naciones. Se trata, como ya hemos indicado varias veces, de modelos para distintos tipos de sociedad capitalista. De cada modelo se deduce una trayectoria propia de crecimiento. La divergencia entre los ingresos *per cápita* de los países resulta de tres procesos básicamente autónomos entre sí. En otros términos, comparado con otros planteamientos sobre el desarrollo del subdesarrollo, en este caso, aparte de diferencias en método científico, encontramos una teoría que no incluye la interacción entre los distintos tipos de capitalismo.² No estamos, pues, ante la aproximación propia de la teoría de la dependencia. Al revés, más bien, fuera

² Nos viene inevitablemente a la mente el fallecido recientemente Andre Gunder Frank y su clásico *Desarrollo del subdesarrollo*. Sin embargo, las aproximaciones metodológicas son absolutamente distintas. En AGF las interacciones entre capitalismo eran muy intensas y decisivas hasta el límite de definirlo como uno solo.

del momento original de conquista y colonización, el meollo del problema está en el orden interno de los países y especialmente en el de los países tipo sigma en la medida de que la calidad de la sociedad no permite atraer inversión extranjera (p. 315). La relación de influencia va de los países al orden internacional. Por ejemplo, el autor indicará que «Si el grado de desigualdad es más o menos constante en cada país, el orden de la desigualdad entre países debe serlo también» (p. 306).

Pero en el orden interno también hay falta de interacción económica ya que «los grupos de trabajadores que son excluidos socialmente no desempeñan papel alguno en el funcionamiento del sector capitalista. Constituyen una fuerza laboral prescindible para el sector capitalista» (p. 294). De ahí que, como indicamos, su influencia es desde fuera de la economía, desde su capacidad de romper el orden y generar inestabilidad.

El modelo mismo de cada sociedad tiene como variable, podríamos decir *pivot*, a la inversión privada. A un lado de ella está el *stock* de bienes públicos que incluye el orden social el que, a su vez, depende de las condiciones iniciales, es decir, de la desigualdad inicial (p. 295, 316 y 318). Al otro lado está, como es natural, el crecimiento de la economía. De ese modo, la desigualdad en activos se convierte en desigualdad de ingresos e influye en el orden social, este en la inversión y esta, a su vez, en el crecimiento. Más generalmente: «En la teoría general, la inversión es endógena y depende de la calidad de la sociedad, dada por el *stock* de bienes públicos» (p. 314). Sigue el autor: «Estos bienes públicos están constituidos por la infraestructura física, el capital humano y el orden social» (p. 314). La inversión es importante para elevar el estándar de vida de la población (p. 295), pero ese efecto es minusvalorado en el estudio frente al lugar que ocupa la problemática de la desigualdad. Sin embargo, nuevamente, no hay que poner muchas esperanzas en la facilidad de atacar el problema desde la inversión privada o desde el Estado o confiar en el crecimiento, pues «la desigualdad tiende a perpetuarse en cada sociedad, aunque a distintos grados de desigualdad» (p. 24). En otros términos, «la desigualdad inicial se convierte en una característica estructural de toda economía capitalista» (p. 295). Esta característica es la que impide al gobierno ser un actor significativo (p. 314–315). También es limitada la tarea del empresario tal y como es definida en

los modelos. El empresario schumpeteriano, al que termina poniendo en el último párrafo del libro (p. 332) ante la tarea de salvar a la economía sigma, no tuvo la presencia suficiente en un libro en el que los procesos productivos no tuvieron casi espacio. La introducción de la dinámica por medio de la inversión (p. 295) no altera la estructura central del modelo ya que es endógena.

De todos modos, no deja de ser curiosa esta impotencia del sistema económico que más radicalmente ha transformado la realidad social; las continuas revoluciones tecnológicas serían impotentes para despegar a los países de sus irrenunciables condiciones iniciales. El capitalismo solo podría reproducir lo que encontró, por lo menos en lo que al tema central del libro se refiere: la desigualdad. En ese sentido reproductor podríamos aceptar que «[...] la desigualdad en los ingresos es resultado del funcionamiento del mercado» (p. 307). Si es así para los diversos capitalismos, con mayor razón para el capitalismo sigma. Por eso, por ejemplo, se define un país como el Perú como desigual, es *desigual* y no *está desigual* (p. 24). O también: «Se puede decir que en cuanto a su grado de desigualdad, los países *son* diferentes, no *están* diferentes» (p. 306). No es sorprendente que se perciba un determinismo.

No hay, pues, interacción, pero tampoco un conjunto que podamos llamar capitalismo mundial, no hay recurso a la transnacionalidad de las empresas para explicar el subdesarrollo, no hay una incorporación de la difusión tecnológica en medio de la modelización. Rara vez se alude a algún elemento sobre la importancia de lo internacional. Incluso los elementos aleatorios son secundarios. Como dice el autor: «[...] los *shocks* externos pueden ser ignorados en la discusión sobre la tendencia a largo plazo del producto» (p. 315). Para insistir, «[...] la dotación inicial de los factores y la desigualdad inicial de los activos determina el equilibrio dinámico del ingreso *per cápita*» (p. 316–317). Aun así, hay pequeñas aperturas a lo externo. Uno de esos casos es cuando se afirma que el desorden social afecta el riesgo-país y por esa vía a la inversión privada (p. 307). Es desde los mecanismos internos que se explica el distanciamiento internacional especialmente de las sociedades con componentes indígenas y, en general, con sectores política y culturalmente discriminados.

4. Sobre la conclusión

Muchos temas quedan en el tintero. Quizá el más importante académicamente hablando sea el relativo al diseño de los mercados laborales. Pero los temas de fondo son otros. Por ejemplo, lo que el autor denomina su *conclusión principal* del libro es metodológica (p. 28) y no sobre la realidad y ello revela la persistente preocupación de Figueroa por la teoría del conocimiento y su insistencia en explicitar los criterios epistemológicos en todo trabajo de investigación. El papel de las comprobaciones empíricas es el de confirmar la sensatez de la teoría. Por eso se dirá que en la investigación se ha encontrado un resultado teórico (p. 299) y no que se ha aplicado una teoría a la realidad para ver si es realista y útil, por ejemplo, para predecir el curso de los acontecimientos. La teoría no se pone a prueba en el contraste empírico para evaluar su poder de predicción pues no le corresponde a esa teoría ser comprobada al ser compuesta de proposiciones alfa y no beta. Por eso, la verificación empírica tiene por objeto confirmar que la visión de los distintos capitalismos es suficientemente buena como para derivar de ella proposiciones empíricamente contrastables. Lo que se pone a prueba es, pues, un diseño teórico que no se contrasta directamente con la realidad. De ahí que las comprobaciones empíricas no sean muy detalladas, que no haya un trabajo económico especial y que no se requieran estudios empíricos propios del autor pues solo deben ser suficientemente buenas como para no descalificar el modelo, para seguir confiando en la imagen estilizada de las tres sociedades.

Sin embargo, despojado del ropaje formal, el llamado de Figueroa es esencialmente político y cultural, no económico. Es el llamado a un cambio que erradique lo que para algunos sería la *herencia colonial*, para el autor, la jerarquía entre culturas. Es muy difícil aceptar que los rasgos escogidos por el autor para diseñar sus modelos sean principalmente resultado de criterios científicos, de una iteración repetida de ida y vuelta entre el momento del diseño y el del contraste empírico. Lo que sí demuestra es que introduciendo los aspectos sociales de la manera en que lo hace, se logra un argumento que es una de las explicaciones posibles del proceso económico nacional y mundial.

Resultará difícil encontrar un estudio que argumente con un refinamiento formal y coherencia interna equivalente a este a favor de la necesidad y de la dificultad de un cambio en ese nivel profundo de la problemática nacional. Para Figueroa, nada debe desviar la atención en los orígenes. La economía no sustituye el problema heredado desde la inserción en el capitalismo; problema que se expresa en «normas formales e informales de discriminación y segregación en el acceso a activos culturales y políticos» (p. 197). Entrar al mecanismo de relojería que construye puede ser importante para un autor que valora altamente la coherencia en la argumentación, pero está al servicio de un mensaje principal. Al final, el argumento es político en el sentido de que llega a la conclusión de que las discriminaciones originales son principalmente sociales y culturales y que no son reversibles por la economía misma y que, por ello, la búsqueda de soluciones hay que hacerla en el campo de la ciudadanía, no del *homo economicus*, en el que principalmente se basan los modelos. Casi todas las funciones matemáticas son un grillete porque asocian variables sobre las cuales no hay control o sobre las que el control es de poca trascendencia porque es solo una causa próxima que nos remite a otra más importante y difícil de enfrentar. De ahí la dificultad psicológica para leer el libro. Esta obra es el grito de los orígenes, matematizado. Porque, matices aparte, «En el desarrollo económico de las naciones, el peso de la historia es muy importante» (p. 322), pero la historia después del origen es menos importante y en ella nos encontramos.

Héctor Omar NOEJOVICH
Departamento de Economía de la PUCP

Sin lugar a dudas este libro es el producto de una reflexión intelectual profunda y refleja un brillante esfuerzo de abstracción. Es un aporte de nuevas ideas para la discusión del denominado problema de la convergencia en el desarrollo económico, entendido este último como la mejora de la distribución del ingreso.

Como señala su autor, es una «nueva teoría que puede dar cuenta del problema de la convergencia» (p. 20). En el fondo, la pretensión sería explicar el origen y la naturaleza del mismo.

De inicio, el desarrollo económico es entendido desde la óptica de la distribución del ingreso se queda, ubicándose en un enfoque particular y específico de ese concepto.¹ Bajo esa tesitura incorpora la noción de *activos sociales*, incorporados como *dotación inicial de los agentes económicos*, en un esquema de inspiración walrasiana; esos *activos sociales* estarían definidos históricamente —la *historia cuenta* en palabras del autor (p. 23).

Este reconocimiento de la importancia de la historia en la formulación de teorías económicas, cualesquiera sean ellas, es un reconocimiento valioso en términos de marcos analíticos abstractos como el presentado; en alguna medida es un intento de síntesis metodológica entre lo deductivo —como el modelo presentado— y lo inductivo —como propició el historicismo alemán, el institucionalismo y el neo-institucionalismo.

¹ Blim (2004) conceptúa el objetivo del desarrollo en el *estado satisfactorio de la economía* (*good-enough economy*) poniendo como ejemplo al pobre estado hindú de Kerala, que, sin embargo, goza de altos índices de alfabetismo y salubridad.

Sin embargo, en la relación discurso-objeto, no aparecen nítidamente los elementos de la historia que sustentarían las proposiciones y, antes bien, hay solamente una referencia al pasado colonial (p. 228), congruente con el pensamiento latinoamericano sobre el particular, tanto del lado de la Economía —Sunkel y Paz, entre otros— como de la Historia —Stein y Stein, entre otros—. De esta manera, quedaría la pregunta ¿en qué consisten específicamente los *activos sociales*? y ¿cómo se gestaron?

Pasado colonial tienen también Canadá —donde en teoría aún la Jefa de Estado es la Reina de Gran Bretaña— y los EEUU, ambas naciones consideradas como sociedades homogéneas del Primer Mundo. Es claro que intuitivamente captamos la diferencia con América Latina, pero no a través de una deducción sino a través de la inferencia inductiva como método; allí se plantea el problema que podríamos denominar metateórico, en donde el autor enmarca la relación sujeto-objeto.

El punto central del análisis estriba en la tipificación de tres sociedades abstractas: épsilon, omega y sigma. Las dos primeras definidas como socialmente homogéneas, en tanto la última es heterogénea; de esa heterogeneidad derivaría la inclusión y/o exclusión de los agentes en el proceso económico *donde la historia cuenta* (p. 23).

Sin embargo, afirma que «la conclusión de que el proceso de desarrollo depende de las condiciones iniciales no significa determinismo histórico» (p. 25), para luego formular la *teoría del shock refundador* (p. 26), partiendo de la premisa de que el fundador debe encontrarse en la dominación colonial —cf. supra. Nuestra percepción nos conduce nuevamente al conflicto metodológico tradicional, evidenciado en la importancia de la historia, pero que pasa por la incapacidad de ser captada por la lógica axiomática-deductiva.

Ello se evidencia en la postura del autor respecto de la formulación *a priori* de las teorías para contrastarlas empíricamente *a posteriori*, sistema lógico de difícil aplicación a la historia, toda vez que esta disciplina trata sobre *tipos reales* y no sobre *tipos ideales*. Allí una vez

más apreciamos la controversia, que denominó la *Gran Antinomia* de la ciencia económica.²

Después de los lineamientos generales de la Introducción que hemos reseñado, el capítulo 1 está consagrado a fundamentar el marco metateórico de la teoría sustentada en el libro, bajo la denominación de la *metodología alfa-beta*. Siguiendo la lógica popperiana de falsabilidad de los enunciados, es menester reparar en las proposiciones $\{\alpha\}$ que hace el autor (p. 52–53) como señalamos a continuación (omito considerar la proposición α_o (1), puesto que se refiere a una proposición básica universalmente aceptada):

— α_o (2) el enunciado sobre la *escasez* reduce el análisis a aquello que Polanyi señaló como el *significado formal* de la economía, en contraposición con el *significado sustantivo o real*. Bajo esa tesitura, el postulado señalado por el autor excluiría los *activos sociales* que no forman parte de los bienes materiales destinados

— α_o (3) y α_o (4), referidos a la *institucionalidad* y la *racionalidad*, quedarían circunscritos al proceso económico, en el cual la asignación de recursos es una adecuación de medios a fines.

Si, como ya señaláramos, la *historia cuenta* en la génesis de los *activos sociales* que hacen heterogénea a la sociedad *sigma*, se desea una *hermenéutica interpretativa*,³ que el autor rechaza, para el análisis de los mecanismos generadores de esos *activos sociales* a través de la historia (p. 45–46).

El capítulo 2 define tres economías convencionales: clásica, neoclásica y keynesiana. La formalización podemos considerarla como otro esfuerzo teórico notable de superación de la famosa *dicotomía clásica*, con una visión que tiene remedos *kaleckianos*. Esta presentación es la antesala de los modelos abstractos de las sociedades *epsilon*, *omega* y *sigma*.

² Eucken, Walter. *Cuestiones fundamentales de la Economía Política*. Madrid: Alianza, 1967 [1941].

³ Olivera (1997) considera a la Economía como una *hermenéutica*.

Las dos primeras, épsilon y omega, tipificadas en los capítulos 4, 5 y 6, son caracterizadas como sociedades homogéneas. El primer tipo corresponde a las sociedades desarrolladas del primer mundo, en tanto que el segundo corresponde a las sociedades sobrepobladas en proceso de desarrollo, en ambos casos, la denominada consistencia empírica es referencial y sustentada en enunciados generales.

Así, por contraposición, se tipifica la sociedad sigma, tema central de este libro y que origina el título del mismo. Esta sociedad es heterogénea y jerárquica, fundada sobre mecanismos de inclusión y exclusión social, derivados de los *activos sociales*, cuyo origen, como señaláramos, estaría en la historia.

A ella se contraen los capítulos 7 y 8, tanto en los aspectos estáticos como dinámicos; la evidencia empírica se sustenta principalmente en la desigualdad de la distribución de ingresos y en la existencia de población indígena. La primera es un rasgo que no solamente se aprecia en América Latina sino en otras partes del mundo, inclusive en los EEUU, como señala Blim (2004); si bien es cierto que existen estudios, como los citados por el autor, que señalan a la región como de mayor desigualdad, las estadísticas disponibles no son uniformes en esa dirección.⁴

En cuanto a la población indígena, el autor hace hincapié en tres elementos: la persistencia de la economía campesina, sistemas de mercado poco desarrollados y la limitación de la innovación tecnológica en las áreas donde aquella predomina. La pregunta que surge es ¿cuál es la relación de esa realidad observable con los *activos sociales* que en hipótesis provienen del pasado colonial?

Y esto se nos revela contrapuesto con la aseveración del autor:

El modelo estático de la teoría sigma predice la exclusión social, una vez instalado el sistema, no puede ser eliminada endógenamente. La sociedad mostrará un equilibrio donde la heterogeneidad social es jerarquizada y así, se reproduce período tras período. La exclusión

⁴ Véase United Nation University, World Institute for Research and Development en <www.unu.edu>

social es el resultado de un evento histórico, de un choque fundacional [sic], como el caso de la dominación colonial. Esta condición inicial tiende a reproducirse (p. 228).

En efecto, ¿cuál sería la relación entre los elementos de la población indígena indicados más arriba y el choque fundador? Nuestro reparo es solamente sobre la coherencia lógica, toda vez que, sin duda, los rasgos de heterogeneidad y jerarquía son realidades observables, así como también el origen de esas estructuras, en tanto provenientes del pasado, no solamente colonial sino también de las culturas prehispánicas.

Finalmente, en las conclusiones del autor, señala la «[...] escasez de agente de cambio —empresarios schumpeterianos del desarrollo— como factor limitante fundamental del desarrollo económico» (p. 332), hipótesis que compartimos y que, además, concuerda con Sombart sobre la génesis del capitalismo.

Asimismo, esta obra proporcionaría un puente disciplinario en la problemática del desarrollo, no solamente entre la Economía y la Historia sino también entre la Sociología y la Economía. En efecto, la teoría de la sociedad sigma, heterogénea y jerarquizada es congruente con la sociedad estamental postulada por Weber (1983 [1922]), diferenciada de la sociedad de clases basadas en el *cálculo del capital*, esta última estaría representada en las sociedades épsilon y omega indicadas por el autor. Esperemos que futuras investigaciones empíricas enriquezcan esta valiosa contribución al quehacer académico.

James G. COPESTAKE
Department of Economics & International Development,
Universidad de Bath, Reino Unido

Es un honor poder participar en este debate, sobre todo porque considero que este libro es muy importante y se ubica en un nivel fuera de lo normal.

Se puede decir que el libro está dentro de la tradición de las *principales teorías* de la economía clásica del desarrollo. Como tal, pareciera fácil criticarlo por sus fuertes supuestos y tal vez quizá por su ambición. Para mí no. Sus mayores suposiciones son heroicas, como también claras y abiertas. Haciendo ver que falta —según mi opinión— investigación en la economía contemporánea, tiene la ambición de cuestionar nuestra perspectiva sobre algunos supuestos fundamentales de la economía moderna, como a continuación paso a explicar.

¿Cuál es el tema de fondo del libro? (1) Presentar una teoría rigurosa para explicar las razones por las cuales hay poca convergencia del PBI *per cápita* de las economías nacionales bajo el capitalismo global. (2) Más específicamente, explicar la persistencia de altos niveles de desigualdad en algunas economías (como el Perú), y el efecto que ello tiene sobre el tamaño del mercado interno y el crecimiento del PBI *per cápita*.

Está claro que la experiencia ganada estudiando la economía peruana ha influido profundamente en el libro. Pero voy a dejar a otras personas más calificadas comentar acerca de esto. El valor de este libro, en mi opinión, no depende solamente de su relevancia empírica sobre el caso peruano, sino, más bien, en lo que considero como su aporte teórico original. Está más allá de mi alcance en esta ocasión explicar todos los detalles del modelo —aliento a cada uno a leer

este libro—, pero proveeré un resumen muy corto del *modelo sigma* que pueda ser útil. Luego voy a destacar lo que creo es su principal contribución positiva para la economía del desarrollo. Finalmente, sugeriré cuatro maneras en las cuales los argumentos presentados puedan ser abordados.

Procedemos a un resumen formal del modelo. Para empezar tenemos cuatro grupos de actores principales: trabajadores calificados y no calificados, capitalistas y políticos. Todos optimizan su utilidad racionalmente dado un nivel de información imperfecta que poseen, pues el modelo está basado en el supuesto del individualismo metodológico (es decir, que encuentra el equilibrio como un resultado estable de comportamientos egoístas e informados). La dotación inicial de recursos es altamente desigual, existen dos niveles de fuerza laboral: capital financiero y capital socio-cultural, los cuales permiten influir sobre el capital político, y lo más importante aún, que existe una clase pobre excluida de las redes del poder.

En síntesis, la heterogeneidad en la dotación del capital socio-cultural lleva a las personas a estrategias políticas diferentes. Por ejemplo, la clase pobre (trabajadores Z) no puede conseguir acceso a bienes públicos (sobre todo la educación), tampoco tiene un fácil acceso a los servicios del sistema financiero. Esta segmentación de los mercados de trabajo y de capitales es endógena y no exógena al modelo.

Las fuerzas políticas para quebrar esta segmentación de los mercados son débiles en sociedades con una fuerte tradición de clientelismo político, lo que bloquea cualquier intento de reforma. Por ejemplo, los trabajadores más calificados (trabajadores Y) se resisten a los esfuerzos del gobierno para capacitar a la fuerza laboral menos calificada e integrarlos al mercado laboral, pues esto disminuiría sus sueldos. Al mismo tiempo, los capitalistas bloquean los intentos para mejorar el acceso de todos a los servicios financieros, porque esto ajustaría más el mercado laboral de la mano de obra calificada, reduciendo sus ganancias.

El modelo se hace dinámico para analizar cómo es restaurado el equilibrio entre períodos sucesivos de inversión y acumulación de

capital, y por ende el crecimiento (como en el modelo clásico de Arthur Lewis). Pero tal crecimiento, posible solo a costa de una mayor desigualdad, va estar restringido por la falta de mano de obra calificada, ocasionada por la segmentación del mercado laboral y el fracaso en educar a los trabajadores no calificados. El mercado interno no se amplía y los cambios en la distribución del ingreso llevan a una peligrosa inestabilidad política.

Este es un sencillo resumen del modelo (para más detalles hay que leer el libro). Ahora pasamos a mis reflexiones más críticas sobre él. Mi primera observación se refiere a su pesimismo, producto de un agudo análisis. Creo que una educación en la moderna economía occidental (más o menos neoclásica) en EEUU o el Reino Unido tiende a alentarnos con optimismo a tomar dos suposiciones tácitas: que la integración de los mercados de trabajo y de capitales puede ser lenta, pero inevitable (no hay que programarla); y que el crecimiento económico no solo es necesario sino más bien suficiente para llevar adelante el desarrollo social (incluyendo una reducción en la discriminación racial, la exclusión social y mejoras en el respeto a los derechos humanos). El *modelo sigma* de Figueroa desafía cortésmente ambas suposiciones. Sostiene que el dualismo no es simplemente una herencia de la tradición sino más bien un legado de la desigualdad, perpetuada por el interés racional propio de todos los actores, incluido los políticos. Además, el modelo sugiere un vínculo de causalidad entre el desarrollo social y el aumento del crecimiento económico, el que sería más importante que la causalidad en sentido inverso, como lo plantea la Economía Neoclásica.

Lo importante del modelo no está en los detalles sino más bien en destacar la posibilidad de múltiples (y bajos) equilibrios dinámicos. Propuse este argumento hace un año en una conferencia en Manchester, conmemorando los cincuenta años del famoso artículo de Arthur Lewis. Dije entonces que culpaba a Ranis y Fei por formalizar el dualismo en los textos económicos posteriores como un problema exógeno de orden geográfico y sectorial, en vez de reproducir endógenamente la distribución social de los bienes y el poder entre las clases. Ignoraba que Gustav Ranis estuviera en la audiencia, pero fue grato descubrir después de mi discurso, durante la cena, que él aceptaba de buena manera mis críticas.

El pesimismo señalado sobre un proceso *natural* de integración de los mercados es muy relevante para las implicancias de políticas de desarrollo. El desarrollo —disminución de la exclusión social y reducción relativa de la pobreza— no es una consecuencia del crecimiento económico, sino que más bien es su obstáculo principal. Mejor dicho, el modelo ofrece los fundamentos de un enfoque de equilibrio general para analizar la importancia relativa de esfuerzos (realizado tanto por organismos nacionales como internacionales) en el campo del desarrollo socio-económico. También indica que no se puede mantener una división disciplinaria entre economistas (enfocados en el crecimiento económico) y la sociología (enfocada en el desarrollo social).

Voy ahora a mis críticas. La principal es que al desarrollar su argumento para una audiencia básicamente occidental, dentro de las formalidades de la economía neoclásica, Figueroa ha tenido que sacrificar realismo por exactitud y precisión en su teorización. Los sociólogos de una menor persuasión neoclásica pura probablemente estarán desalentados por los supuestos restrictivos del modelo. Si bien muchos de ellos son puramente heurísticos y pueden ser relajados, aún hay que trabajar más en relajar las suposiciones. Mencionaré alguna de estas.

Primero, su *modelo sigma* se puede reformular para captar procesos de exclusión e inclusión (en el mercado laboral principalmente) en múltiples niveles, y no solo entre tres clases. Hay que especificar los procesos de una forma dinámica y también probabilística. Claro que existen personas en una movilidad socio-económica ascendente en términos absolutos, pero en términos relativos, tan pronto como las antiguas barreras son derribadas, son erigidas nuevas barreras de entrada al mercado laboral, siendo este el más importante proceso dominante. Una metáfora con la escalera dinámica de Ricardo entre países podría ayudar a clarificar este punto. Los países que suben, compiten en los nuevos sectores donde aumenta también la competencia, mientras los países más ricos dejan los mismos y pasan a otros sectores con menor competencia. Y así, se mantiene la desigualdad relativa.

Segundo, el problema estándar del *free-riding* existe, y es indudablemente una restricción para la movilización política y acción colectiva

de las clases excluidas. No obstante que ocurre, es interesante en términos empíricos ver cómo se puedan superar algunas formas tradicionales y conservadoras de acción colectiva. El modelo de Figueroa en este sentido se queda demasiado restringido por las suposiciones de la escuela de la *nueva política económica*.

Tercero, y para terminar, hay que salir de la suposición de que existe una esfera cultural, social y material, cuyos distintos componentes puedan ser fácilmente separados. Cualquier intervención política (por ejemplo, programas de atención alimentaria) tiene los tres tipos de influencia al mismo tiempo. Y hay que ampliar nuestro concepto del bienestar y desarrollarlo para incluirlo entre las metas sociales y culturales, tanto como las materiales, si queremos entender en realidad y cómo van a funcionar.

En conclusión, para mí el libro es sobre todo un catalizador para un análisis cada vez más riguroso, realista y amplio sobre cómo debemos dirigirnos al desafío de reducir la pobreza relativa no solo en el Perú sino en el nivel mundial.